

DE DRAGONES Y ESPADAS SALVAJES

—*¡Firme el escudo, Enanos!*
¡El hacha presta y avanzar!
¡Si tomar la Montaña buscan,
muy caro les va a costar!

Con fuerza y decisión, así hablaba el Rey Dáin,
llamado: “*Pie de Hierro*”, erguido sobre el umbral
al otro lado del puente, que sobre el *Celduin* se tendía,
mientras las hordas de invasores ante sus ojos crecían.

Las hachas suben y bajan; los escudos hendidos quedan.
De los arcos las cuerdas cantan; de las lanzas se rompen astas;
relinchan los corceles y los arqueros que cabalgan,
se abren paso al galope, entre Orcos y cimitarras.

Viejo era el Rey Enano, aún entre su propio clan,
pero firme su voz podía por todo el valle retumbar.
A su lado, el soberano de Esgaroth, el valiente Rey Brand,
cruzaba el campo de batalla desde su silla de montar.

Los Guerreros y Arqueros las armas habían tomado,
aunque por las fuerzas del Enemigo, se hallaban superados.
Por ende, se levantaron más brazos de Hombres y Enanos,
herreros y pescadores, que marcharon a su lado.

Filas de Hombres y Enanos, cubiertos de *mithril* y hierro,
placas, mallas y yelmos; arcos largos y caballos;
lanzas de punta aguda, espadas de bruñido acero,
hachas, martillos y mazos, flechas de penachos blancos.

Desde el Oriente Lejano, Khamûl había llegado,
el Gran Ojo con sangre teñido en sus estandartes.
Como olas de negra espuma, las fuerzas del Enemigo
marchaban una tras otra por los páramos circundantes.

Mas no solo Hombres y Orcos avanzaban acechando:
entre las fuerzas invasoras, y a la par del Oriental,
seis vástagos de Glaurung marchaban serpenteando,
a los flancos de las hordas, con rugido bestial.

Gusanos que carecían de alas para volar,
con veneno en los colmillos y fuego al resollar.
Pequeños comparados con Smaug, "*el Magnífico*",
pero capaces de causar mucho daño y sacrificio.

En las estepas del Este en secreto anidó
una prole que de la unión de dos razas nació:
de Smaug heredaron el fuego en el aliento
y de Glaurung los deseos de provocar sufrimiento.

Cuando Sauron los halló, a Khamûl envió con ellos
y confió en que el Nazgûl pudiese atraerlos.
Olvidó el Enemigo que tenían voluntad de hierro
y por nada más pelearían que por sus propios anhelos.

No aceptaron ser tratados como un soldado más,
tan solo lucharían por un premio codiciado:
la Montaña Solitaria, que antes ocupó Smaug,
el señorío sobre Moria y las montañas de Agmar.

¡Un grito se oye de pronto! ¡Cruel, agudo y estridente!,
la Sombra del Este ordena un cambio en el combate:
se repliegan sus soldados, ya que avanzan los Dragones,
¡lanzan fuego sus fauces embistiendo a los defensores!

—*¡Cierren filas, Enanos!*
Viene el golpe: ¡A reforzar!
¡Si como arietes ellos atacan,
como murallas habrá que aguantar!

Ni Hombres ni Enanos dejarían que volviera el terror de antaño.
¡Ningún Dragón los vencería, sin importarles su tamaño!
El golpe los Enanos resisten, aunque muchos de ellos perecen;
el ataque los demás regresan y lo duplican con creces.

Si la amenaza de Smaug volvía, ¡Erebor iba a luchar!,
pues armas habían creado para vencer al Gran Gusano:
De diamante el filo del hacha, el escudo de hierro estelar,
inmune al daño del fuego y a la corrosión del veneno letal.

De nada sirvieron las escamas bajo el filo adiamantado
y se llenaron los Dragones de un terror inusitado.
A la par, frente al puente, ambas fuerzas se medían,
aunque por cada Dragón herido, muchos Enanos caían.

—*¡Con empeño y valor, Enanos!*
¡El fuego ardiente hay que esquivar!
¡Si fuerte es el adversario,
con más fuerza habrá que luchar!

Mientras los Dragones embisten, los Arqueros del Rey Brand
del océano de enemigos logran, al fin, retornar.
Merecida era la fama, en Esgaroth y más allá,
de la pericia de los Arqueros que disparan al cabalgar.

Tres Dragones agonizan, incapaces de atravesar
con su fuego las defensas de sus valientes contrincantes.
Tres Dragones continúan debatiéndose incesantes
y los *Naugrim*, poco a poco, se empiezan a replegar.

Los Enanos retroceden, ¡sobre el puente luchan ahora!,
mientras dos de los Dragones los acosan sin reservas.
El tercero y el más grande, en cambio, da media vuelta
para enfrentar a los Arqueros que a caballo arrojan saetas.

Las flechas solo rebotan sobre la dura coraza
del mayor de los Dragones, que lenguas de fuego lanza.
Brand templea su arco, como antes lo hizo su ancestro,
buscando, entre las escamas, un punto blando y muerto.

El dragón se alza, poderoso, las garras y fauces abiertas,
mas, antes de que el fuego de su garganta brotar pudiera,
una saeta cruza el cielo y con ella el Rey Brand acierta
con la brillante flecha de *mithril* en el paladar de la bestia.

¡Se acobardaron los Orcos y palidieron los Orientales
al ver al Dragón sin vida arrastrado a través del río!
Mas Khamûl y su alarido accionan miedo y angustia mortales:
escapar es más peligroso que quedarse y luchar con brío.

Los Dragones están flanqueados, heridos y abandonados:
Frente a ellos hachas de diamante, atrás dardos empenachados;
a ambos lados el puente estrecho les impide moverse bien...
¡Antes de hallar la muerte, de los Enanos se llevarían cien!

A fuerza de dentelladas, entre veneno y llamaradas,
avanzan los dos gusanos con acciones desesperadas.
Los Enanos forman barrera, pero ni las hachas ni las espadas
detienen la feroz carrera de las bestias en desbandada.

Los Dragones cruzan el puente, los jinetes de Brand detrás,
mientras tanto, en el Este, otro aullido se vuelve a escuchar:
Nuevas órdenes imparte el Nazgûl y los látigos estallan
sobre las espaldas de los Orientales azuzándolos a la batalla.

Al cargar sobre el puente, los Dragones hallan su fin;
mas, al despejar el camino, alcanzan su cometido:
Los Orientales cruzan el puente sobre el río *Celduin*
y caen sobre los defensores, con odio desmedido.

—¡Lanzas al frente, Enanos!
¡Contengan las hordas! ¡Alancear!
¡Que tan solo han cruzado el puente
para en las puertas la muerte hallar!

Y mientras, en la poterna de Erebor, el combate estalla,
los Orcos desde el puente, a traición, sus jugadas traman:
Desde la ribera, que dominan, apuntan arcos a la batalla
y, a pesar de los Orientales, entre carcajadas disparan.

—*¡Levanten el escudo, Enanos!*
¡El hacha presta y a luchar,
que aquello que nos arrojan
es granizo y nada más!

De pronto, se oye silbar un dardo, que el escudo logra sortear
y, entre el peto y la hombrera, de muerte hiere al Rey Dáin.
¡Aúllan fieros los Orcos, entre los moribundos Orientales,
mientras sus flechas, con más ahínco, cruzan el cielo a raudales!

—*¡Granizo!* —el Rey Dáin exclama,
mientras descarga un golpe de hacha.
—*¡Granizo!* —proclama herido,
por siete puntas de lanza.

Admirados del viejo Enano, conmovidos ante el Rey caído,
se levantan los defensores, Brand reagrupa las fuerzas.
Avanzan entre las llamas y, a través del granizo negro,
sus hachas destrozan huesos y sus mazos hienden corazas.

—*¡Granizo!* —claman los Hombres,
mientras blanden las espadas.
—*¡Granizo!* —claman los *Naugrim*,
esgrimiendo martillos y hachas.

El Rey Brand, vacía la aljaba, espada en mano combate,
sin caballo y sin escudo contra los Orientales se bate.
Las fuerzas defensoras, con esfuerzo, toman el puente
y entre los cobardes Orcos siembran terror y muerte.

Mas la espada traicionera, de un Orco cruel y fiero,
de golpe siega la vida del valiente Rey del Lago.
Con su escudo destrozado, con el último suspiro,
Dáin protege el cadáver de Brand, su leal amigo.

¡Un cuerno corta el aire! ¡Empieza el suelo a retumbar!
¡Desde el norte, una carga de caballería parece avanzar!
Thranduil del bosque ha salido y, tras la Montaña bordear,
a los Orcos, desde el norte, ¡embiste firme y sin titubear!

Los Orientales que sobreviven al engaño de sus aliados,
a la fuerza se abren senderos para huir hacia sus hogares.
¡Las armas élficas son letales! ¡Los Orcos caen abatidos!
¡Y hacia el sur emprenden la huida! ¡Miserables fementidos!

¡Desde el sur las tropas de Grimbeorn avanzan en fila cerrada!
¡Y, cruzando por los bajíos, fuerzas *Galadhrim* llegan al norte!
Entre dos frentes, del enemigo, así la suerte queda sellada:
¡lanzas élficas y hachas *naugrim*; garras de oso y espadas cortantes!

¡Un nuevo grito se escucha, cruel, agudo y estridente,
que congela y paraliza, sangre, corazón y mente!
¡La Sombra del Este, Khamûl, se levanta ofendida
y abandona, a su suerte, a la gran horda vencida!

Así lo cantaron quienes en la guerra lucharon
y también quienes sufrieron la feroz embestida
que a escondidas trató el cruel Amo Sauron
de asestar en el norte, con la diestra extendida.

¡Tres días resistió Erebor, con arrojo y valentía,
contra las sombras que, desde el este, acecharon amenazantes!
¡Y, si en los campos del Pelennor, al Olifante barritar se oía,
al norte, fuego de Dragones, sobre espadas salvajes, brillaba y moría!